

CUERPO A CUERPO



REO que en toda mi vida habré presenciado una sola vez una velada de boxeo y otra de lucha libre. Confieso que comprendí mucho más la segunda que la primera. Del boxeo no acabé de explicarme precisamente aquello que debe ser más del gusto de los entendidos, a saber: la técnica, las reservas, las precauciones, en una palabra, la sabiduría de los boxeadores para abatir al contrario. Yo llegaba de la calle con la idea elemental de que para contender a puñetazos basta con liarse a ellos. Pero los boxeadores que estaban frente a frente en el cuadrilátero pasaron mucho tiempo espíandose, dando vueltas por el tablado, acercándose y alejándose a intermitencias el uno del otro. Sólo de vez en cuando, sin demasiada espectacularidad y vehemencia, decidían acercarse resueltamente al contrario y aventurar un puñetazo. Me asombró que de ese rigodón saliera, sin embargo, uno de los contendientes con sangrantes magulladuras en el rostro y en el cuerpo. Tampoco el otro quedaba indemne al fin de la contienda. Resulta que el combate había sido mucho más duro que lo que yo podía suponer a través de la aparente parsimonia de la batalla. Otra cosa me llamó la atención y justificó, en parte, los sangrantes resultados, y fue el ruido que hace el guante de boxeo al golpear la carne, sobre todo en los flancos o en el pecho. Pero, repito, la impresión del "match" era un poco decepcionante. Me sonaban un poco a fanática y exagerada —y quizá falsaria— expansión, los aullidos de centenares de espectadores que animaban con gritos los momentos más emotivos —no para mí, ciertamente— del lance. Salí de allí con la convicción de que no me aficionaría nunca a ese espectáculo. Y no por lo que tuviera de bárbaro, que es lo que dicen de él muchas gentes, sino precisamente por lo que no tenía de bárbaro, sino de excesivamente técnico, frío, algebraico... Todo lo contrario de una pelea pasional, aquél era un lance profesional plagado de asesores, de arnicas mentales, de reservas y de silogismos.

En cuanto a la velada de lucha libre, ya fue otro cantar. Me pareció el reverso de aquella medalla. Anticiparé que también salí de allí con la impresión de que nunca podría aficionarme a ese espectáculo. Pero lo que ocurría en el cuadrilátero resultaba para mí absolutamente comprensible, diáfano. Ya los carteles de la lucha libre son de una expresiva elocuencia, mucho más explícitos que los del boxeo. "La pantera sanguinaria" o el "Mau-mau vampiro" son ciertamente epítetos más inteligibles, a los efectos que son esencia del espectáculo, que los patronímicos cabales de los boxeadores. En cuanto los luchadores del "catch" salen al ring comprendemos perfectamente qué es lo que allí va a ocurrir. Algunos de ellos llevan tremendas melenas trenzadas sobre el pescuezo y otros una cabeza monda sólo decorada con un breve mechón wikingo o zulú en la coronilla. Aquello no va en serio; juegan tanto papel la maquilladura y la ficción como el propio y seco vapuleo que los contendientes van a propinarse. O quizá ese vapuleo no sea más, a la postre, que un ingrediente nuevo entre aquéllos de que se nutre el espectáculo, para añadir al epíteto del cartel y a la singularidad capilar de cada uno. Lo cierto es que cuando se produce, la cosa nos da la impresión, no obstante, de que va en serio, muy en serio. Aunque los zarandeos que se propinan, las torsiones espeluznantes de los miembros, la insistente y terrible manera de machacar el cráneo contra el tabladillo, la expulsión por los aires del perdedor contra las sillas vacías de la platea, con gran estrépito de éstas, responden quizá a un guión previo perfecto y hasta intelectualmente preparado, algo terrible y doloroso debe de notar el victimario de tantos calamidades. Por curiosidad seguimos a uno de ellos que se retiraba hecho cisco, tambaleándose entre dos camilleros, hacia el camerino, después de la pelea. En cuanto cruzó la zona del local ya no destinada al público, se incorporó, echó un cigarrillo y al poco salía vestido de calle con un terno gris del brazo de una señorita rubia.

El boxeo nos pareció, pues, un espectáculo que ocultaba su drama, que disimulaba probablemente su autenticidad. En cambio, la lucha libre consistía únicamente en exteriorizar la teatralidad de una situación con falsos

sonidos, falsos golpes, magulladuras, desmayos de "cartón" y excentricidades de feria pueblerina. Aunque ni en un caso ni en otro toda la verdad sea ésta, consideramos que nuestra superficial impresión es válida como síntesis.

El acierto de los organizadores de la gran velada boxística que tuvo lugar la semana pasada en Nueva York para dilucidar el campeonato mundial de los pesos máximos —un acierto discutible de hombres de negocio— fue precisamente entremezclar de manera sutil estas dos vertientes del espectáculo del "ring". Como primera providencia, a los dos pugiles les achacó la propaganda, con anterioridad, ciertas etiquetas que equivalen a los "slogans" tremendos de los "vedettes" de la lucha libre: uno de ellos era el "gorila" basto y brutal, en tanto que el otro era bautizado metafóricamente de "poeta". Las provocaciones y bravatas del joven Cassius Clay contra el pobre Sonny Liston a lo largo de las ceremonias del pesaje y en los camerinos fueron espectaculares y feroces. Liston aguantó mecha con una paciencia doctoral admirable, relacionada con la bolsa, puesto que posee el veintidós por ciento de las acciones de la compañía organizadora del campeonato. Esta especie de sufrido socio industrial no abrió la boca en todo el proceso preliminar del "match", mientras a su oponente, concluida la contienda, tuvieron que tapársela para no calentar demasiado los circuitos de televisión; su verborrea amenazaba con desplazar incluso de su órbita al "telstar" que sirvió de cósmico intermediario para la edificante ocasión. Puesto a erigirse en ídolo del ring, con más vertientes hacia la lucha libre —por lo menos en el orden publicitario— que hacia el boxeo, el joven campeón nos explicó por menores de su vida y de sus ambiciones; proclamó que él era "maravilloso" y, puesto en trance de rápida recapitulación sobre lo divino y lo humano, anunció que acababa de convertirse al mahometanismo, por comprender que si había ganado a Liston era gracias a la fe. Explicó a grandes rasgos los valores de esta religión ante las cámaras, mientras su oponente aguantaba el golpe sin mover demasiado el espinazo, a causa del cual, y prescindiendo de la súbita fe del joven, había dicho que interrumpía la pelea. No se negará que la situación está inspirada en los principios espectaculares de la lucha libre, pasados esta vez por los tamices de la psiquiatría, en lugar de aceptarlos tal cual de las deformidades y canibalismos de los contendientes.

el boxeador y su circunstancia

A pesar de todo cuanto él nos ha explicado, o al margen de ello, ¿quién es ese "poeta"? ¿Qué hace aquí, de pronto, ante las cámaras de televisión y en la consideración de todo el mundo? ¿Por qué está en las primeras pá-

ginas de la prensa mundial? Ya sabemos que no es por estar a la cabeza de los hombres más fuertes del mundo y que, aun suponiendo que su combate con Liston fuera trucado, no dejaría de ser el que le va a la zaga. Pero no se trata de eso. No está ahí esta figura humana recién surgida a la notoriedad como campeón de boxeo sino como síntesis de un personaje humano determinado —la juventud pujante, onnimoda, con su grandesa soberbia y elemental— y de unas líneas hasta ahora inéditas de exaltación del héroe. Cassius Clay existe así, de la noche a la mañana, para colmar la urgencia con que la muchedumbre de seres que somos reclama individualidades, aunque éstas rocen el chiste y lo grotesco, aun a riesgo de que estas individualidades tengan los defectos de la de Cassius Clay. No ha dejado de causar asombro la capacidad dialéctica del joven de color, su audacia verbal con precisos retoques vivos de la realidad, como en una "gouache" apresurada. Hasta ahora los campeones de boxeo eran aproximadamente como su contrincante: silenciosos, abstrusos, grises, amodorrados. La viveza era excluida de esas masas encefálicas golpeadas por los guantes, donde las ideas eran inevitablemente pocas y macizas. Pero Cassius Clay quiere ser un intelectual, lo es ya de hecho. Tiene problemas personales, afectivos, religiosos, muy ajenos a la bolsa que silenciosamente salvaguarda su contrincante. El montaje de la tramoya ha sido perfecto. Los organizadores del campeonato mundial de los pesos fuertes no se han limitado a pesar por partida doble en la báscula un centenar de kilos de bíceps y de musculatura. Para provecho de la próxima reunión se han cuidado de elaborar dos tipos humanos diferenciados. Con extraordinario criterio comercial han inventado un factor inédito: el espíritu humano del boxeador o, como quizá hubiera dicho Ortega, han inventado el boxeador y su circunstancia.